

Especial atención merecen las imágenes incluidas en el libro. Parte de ellas procedentes de colecciones particulares. Estas fotografías forman parte de la llamada *historia gráfica*, de acuerdo con el término usado por John Mraz, y sería interesante saber más de ellas: su origen, en qué circunstancias fueron tomadas, cómo contribuyen a la construcción de una identidad nacional y una identidad revolucionaria. Un análisis de su contenido escapa a los objetivos de esta reseña, sin embargo, es necesario señalar que las imágenes sugieren varias preguntas y hablan de situaciones no conocidas en la historiografía sobre la revolución. Un diálogo mayor entre ellas y los testimonios vertidos en las largas entrevistas realizadas por el autor del texto hubiera sido un elemento más para conocer y analizar un periodo histórico del que se ha escrito tanto y del que pareciera que no hay nada nuevo que decir, pero cuyo conocimiento aún no se ha agotado.

Y si bien, los libros son lo que sus autores querían hacer, hubiera sido muy interesante poder escuchar más las voces de los entrevistados. Creo que Bernardo García tuvo una oportunidad única para indagar en la memoria de aquellos hombres que marcaron una época en la historia y en la fantasía latinoamericanas. Esperemos que en un futuro no muy lejano se anime a compartir con el público más del material recopilado a partir de las conversaciones realizadas.

Este testimonio, que es la historia de un grupo de cubanos que quisieron organizar una expedición a Cuba, constituye un texto ineludible en tanto que es, ante todo, un reconocimiento a una generación de jóvenes, revolucionarios, comprometidos, que han seguido fieles –casi todos–

a Cuba y a su revolución. Están entre ellos Jorge Ibarra Cuesta, Enio Leyva, Vecino Alegret, Reynaldo González y Rodolfo “Macho” León, Heliodoro Martínez Junco, Fernando Sánchez Amaya, Pablo Fernández Alegre, Pedro Miret, Héctor García Vidal y Gil, Lino Suárez, Emilio Aragonés, Aldo Margolles, entre muchos otros. Algunos ocuparon un mayor protagonismo como ministros, viceministros o jefes y otros, exponentes del internacionalismo cubano, murieron en Bolivia como Jesús Suárez Gayol y Alberto Fernández Montes de Oca. No son, en su mayoría, las grandes figuras o, en todo caso, no son tan destacadas por la historiografía como las de Fidel, el Che o Camilo, pero sí más permanentes que muchos de los que desembarcaron del Granma.

Laura Muñoz  
INSTITUTO MORA/AMIC

Héctor Aguilar Camín, *Pensando en la izquierda*, FCE, México, 2008.

Este pequeño libro reúne y revisa nueve artículos que Héctor Aguilar Camín publicó en *Milenio* el año pasado, y uno más que apareció en *Nexos* en 2005, en donde expone la situación actual de la izquierda mexicana. El autor sostiene que el único futuro posible para esta –y por extensión para la izquierda latinoamericana–, si es que quiere desempeñar un papel constructivo en la sociedad política, es emular a la socialdemocracia europea y, consecuentemente, aceptar el mercado, la democracia liberal y el capitalismo. Sólo de esta manera, aquella podría conciliar los ideales (equidad, justicia, fraternidad) que al autor

le parecen encomiables, con los resultados concretos, disociados o de plano extraviados por prácticas que juzga reprobables (violencia, autoritarismo, estatismo).

Procede entonces a identificar las cuatro familias de la izquierda nativa: 1) la revolucionaria, 2) la comunista, 3) la estatista y nacionalista y 4) la utópica clásica. La primera está identificada con la violencia; la segunda, con Moscú; la tercera, con el populismo autoritario (*Salinas dixit*) y la última, con los viejos ideales igualitarios; a veces se entrecruzan sus filias y fobias, pero cada una posee una identidad propia, y con escasas virtudes e innumerables taras, con dificultad podrían producir algo positivo, según Aguilar Camín, como lo prueba el PRD. Desafortunadamente, no encontró en México una quinta familia como habría deseado, la izquierda socialdemócrata, la única portadora de progreso, para situarnos en el horizonte de la modernidad. Concluye, sin embargo, con la paradoja que le aporta el dato duro de la evidencia empírica: “quienes han estado más cerca de alcanzar los fines éticos universales de la izquierda han sido las sociedades guiadas por ideales de ‘derecha’” (p. 57).

La prosa de Aguilar Camín es ágil y su análisis ligero. En lugar de preguntarse por qué la izquierda es esta y no otra, lo que supondría adentrarse en su formación histórica como sujeto político y, a partir de allí, evaluar sus posibilidades concretas, lo que hace es descartar una a una a las distintas corrientes, empezando por la revolucionaria. Independientemente de la crítica de las armas —que sin duda compartimos— y de la misma manera que al autor le parece “increíble [...] que ande poniendo bombas por el país una organización llamada Ejército Popular Revolu-

cionario” (p. 17), me produce un pismo similar que no ofrezca una mínima explicación de por qué la guerrilla lleva 50 años en acción en México y por qué en lugar de desaparecer se expande a pesar de la opción democrática “realmente existente”. ¿No habría que buscar mejor en la endémica violencia agraria, con su lógica de acción-reacción, el origen y el alimento permanente de estos grupos?, al respecto lo remito a los excelentes estudios de Marco Berlinger y Laura Castellanos. A más democracia no existe menos guerrilla porque su demanda fundamental no es aquella, sino la justicia social —en este sentido está emparentada con la izquierda utópica clásica y se remonta al primer socialismo.

La izquierda comunista le parece por lo menos inocua. Ocupada en justificar el socialismo real, no tuvo tiempo para participar en el movimiento popular, por lo que su influencia se experimentó sobre todo en el campo intelectual. De alguna manera su elitismo le otorgó el único logro asequible: la colonización del espacio cultural. Comprometida con la democracia, el pecado capital que cometió fue abrazar el estatismo —la variante autóctona de la soviétización de acuerdo con el autor— y por lo tanto, le fue fácil fundirse con las corrientes emanadas de la revolución mexicana y los desprendimientos del PRI. Al respecto, las omisiones del autor son numerosas y relevantes. En primer lugar, el PCM no agrupó al conjunto de la izquierda comunista, razón por la cual no todos abrazaron la línea moscovita. Por otra parte, en varios momentos del siglo pasado su influencia en el movimiento popular fue significativa (en los treinta, a finales de los cincuenta y los setenta). En tercer lugar, sus victorias no sólo fue-

ron culturales; algunas de las libertades de las que ahora disfrutamos, en particular en la ciudad de México, son producto de las luchas de esta izquierda, por ejemplo, la elección de los gobernantes en el D. F., el reconocimiento de los derechos de las minorías y la despenalización del aborto.

A la izquierda utópica lo único que le ofrece es su condescendencia. La identifica con los militantes abnegados —los que sí creen en la causa— y no con una corriente histórica. De haberlo hecho así, tal vez habría podido brindar un cuadro más complejo de la izquierda indigenista, más allá de decir que reedita el culto a la violencia y convierte en bandera particularismos que le parecen anacrónicos y ajenos al universalismo progresista. En este punto, cabe señalar que la reivindicación del indígena no la introdujo el zapatismo en el discurso de la izquierda, esta surge del socialismo mexicano decimonónico, así como la puesta en práctica de gobiernos locales —al margen de la autoridad estatal— proviene del comunalismo. Por otra parte, el multiculturalismo que el autor observa subyacente en el zapatismo y el cual explícitamente rechaza, también posee un fundamento universalista.

Las últimas secciones del libro las dedica a mostrar a la izquierda mexicana a contracorriente de la historia que Aguilar Camín lee en la clave del progreso. Súbitamente el marco nacional cede el lugar al orden planetario para presentar los dos modelos de socialismo: el soviético y la socialdemocracia. Argumenta que las políticas de izquierda no han sino socializado la pobreza (el extinto campo socialista), y la única manera de acabar con ella es generando riqueza, para lo que las políticas de la derecha han probado ser más eficaces (Europa occidental, Estados Unidos).

Para apresurar la conclusión, el autor no se detiene ni siquiera un momento a contar-nos que el socialismo realmente existente cobró vida en la periferia atrasada del sistema mundial, mientras los países centrales se desarrollaban considerablemente por la vía de la intervención estatal en la economía. Tampoco habla de la magnitud alcanzada por la desigualdad social en estos después del desmantelamiento del Estado de bienestar. Plantea además que el utilitarismo benthamiano ha producido “los mayores niveles de igualdad que haya conocido la historia” (p. 57). ¿Podría demostrar seriamente que los países anglosajones, guiados por aquel, tienen una mejor distribución del ingreso que Alemania, Francia o los países nórdicos? Pero, como en lugar de explicar prefiere recomendar, acaba uno de los capítulos finales con una sentencia: “de la combinación de un capitalismo moderno y un Estado con políticas sociales que redistribuyan el ingreso, puede salir lo que buscan México y América Latina: países prósperos, democráticos y equitativos” (p. 62).

Carlos Illades  
UAM-CUAJIMALPA

Mirreill Radoi (coord.), *My USA. Views on American National Security and Foreign Policy*, Tritonic, Bucarest, 2007, 184 pp.

La política exterior estadounidense y la forma en que afecta a los habitantes del resto del mundo son centro de interés del grupo de investigadores que tomaron la tarea de escribir *My USA*. El tamaño que el análisis de estas cuestiones significa supera, sin lugar a dudas, la extensión de